

## ¿Existirá América Latina en el nuevo mundo de 1990?

Caballero, Manuel

---

**Manuel Caballero:** Ensayista, periodista, historiador. PhD por la Universidad de Londres. Ex Director de la Escuela de Historia de la UCV. Su tesis doctoral, publicada por la Cambridge University Press, fue editada en español por Nueva Sociedad (La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana). Actualmente reside en Washington, en disfrute de una beca Fulbright para investigadores.

---

*Acaso recién ahora haya comenzado el fin de la Segunda Guerra, con el intercambio de fortuna entre vencedores y vencidos militares. Paralelamente, el mundo asiste a la remisión de las sociedades militarizadas. Los profundos y aparentemente irreversibles cambios político ideológicos del Este europeo contribuyen a precisar un horizonte mundial dentro del cual - a mediano y largo plazo - América Latina estaría irremisiblemente excluida. Tal aciago panorama puede resultar alentador: de manera semejante a lo sucedido en el bloque socialista, está siendo la sociedad civil latinoamericana la protagonista del proceso de democratización continental. Esta inédita circunstancia indica que quizá pueda consolidarse un paulatino curso de integración asentado - por lo mismo, de manera más firme - a partir de la esfera civil de las sociedades de nuestro continente.*

Suena bastante raro que la Historia pueda darle la razón a dos hombres situados en los extremos de un debate doctrinario, y que se la dé al mismo tiempo, y por las mismas razones, cuando invocaban exactamente las opuestas. Pero sobre todo, que se revele, en el fondo, que ambas proposiciones eran la misma. El año escaso que va desde la entronización del gobierno de Solidarnosc en Polonia al abandono de la garantía constitucional del monopolio del poder por el Partido Comunista de la URSS (así como la sorpresiva derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua) ha logrado esa al parecer imposible doble hazaña: demostrar que León Trotsky y Earl Browder tenían razón. La tenía el primero cuando en los años veinte hablaba de la

necesidad de una «revolución permanente», la tenía el segundo cuando en los años cuarenta postulaba la necesidad de disolver los partidos comunistas.

En ambos casos, la proposición provenía de una intuición (tal vez, pero nunca de una constatación, pues ninguno de los dos hubiera reconocido el fondo real de esas proposiciones); la incapacidad absoluta, histórica de un partido comunista para desarrollar una sociedad civil.

### ***La Internacional de la sociedad civil***

Comencemos por definir qué hemos querido decir con sociedad civil. Vamos a emplear la más sencilla de las oposiciones, la que provendría de señalarla simplemente como opuesta a una sociedad militar. Por mucho que esa sea una pobre definición, es en verdad la que hoy por hoy están empleando los mismos soviéticos: la sociedad civil se expresa a través de una serie de organismos constituidos independientemente - y para balancear el poder - del todopoderoso Ejército Rojo.

¿Ejército Rojo? ¿Estamos acaso diciendo que la Unión Soviética es tan sólo una dictadura militar, un régimen militar, que el poder entero está en manos de las fuerzas armadas? ¿Es acaso la Unión Soviética no «un país que tiene un ejército sino un ejército que tiene un país», como alguna vez se definió a Prusia? No hemos hablado de las Fuerzas Armadas Soviéticas sino del Ejército Rojo: del Partido Comunista.

Aquí está el centro de la cuestión. Lenin era marxista, Lenin era ruso. Lo primero quería decir que concebía la lucha política como una guerra, guerra de clases pero guerra al fin, con armas y todo lo demás; incluyendo el irrespeto a cualquier regla del juego establecida en una sociedad normal; en una sociedad civil. Lo segundo, que de esa sociedad «normal», de esa sociedad civil, sólo podía tener nociones librescas, la visión que podía haberle dado su vida de exilado, pero nunca un ejercicio continuado: allá muy atrás en su memoria de ruso, estaba la imagen de un soberano a quien sus siervos llamaban El Terrible.

Para complicar las cosas, esa doble condición de marxista y de ruso hacía que el movimiento que Lenin se proponía desencadenar, que la revolución que Lenin proponía fuese o, mejor dicho, tuviese que ser internacional o no ser. Porque Marx y los marxistas no concebían una revolución sino mundial, y nada de lo que sucediese en Rusia podía ser otra cosa que un acontecimiento universal.

No hay diez mil maneras de hacer una guerra. No hay sino una: crear un ejército. Y eso fue lo que Lenin hizo: el Partido Bolchevique se diferenciaba de los partidos de la Segunda Internacional por esa condición, se trataba de una organización disciplinada, centralizada, donde las instancias inferiores se sometían a las superiores, y donde el lenguaje mismo se copiaba del lenguaje militar: estrategia y táctica, reclutamiento, estado mayor, vanguardia, reserva y auxiliar, infiltración...

De todas maneras, había una diferencia: las armas. El partido leninista era un ejército de civiles desarmados. Esto es sólo parcialmente cierto. El partido bolchevique, como todos los ejércitos de la historia, era un ejército sin armas, no porque no las quisiera sino porque no las tenía. Si estaba entre sus intenciones derrocar por la fuerza al régimen ruso, no podía ser tan ingenuo como para pensar que lo iba a hacer con sus soldados blandiendo ramos de olivo. Apenas se enfrentó a una situación revolucionaria cierta, desde 1905 cuando menos, el partido bolchevique buscó hacerse de armas. O del dinero para adquirirlas: se sabe cuán temprano comenzaron aquellas famosas «expropiaciones» que estuvieron entre las hazañas iniciales del «hombre de acero», Stalin. Y en el Artículo Primero de los estatutos de la Tercera Internacional Comunista, se postulaba que ella se proponía el derrocamiento de la dominación burguesa por todos los medios, incluyendo la lucha armada.

A la perogrullada enunciada más arriba - para hacer una guerra se necesita un ejército - corresponde en el otro extremo otra no menor: un ejército necesita una guerra o no es un ejército. Los más destacados dirigentes de la Revolución Rusa se han dado cuenta de eso en algún momento de su historia, aunque no siempre hayan actuado en correspondencia con lo que estaban constatando. Lenin se dio cuenta en 1921, la guerra había terminado. No la Guerra Civil que aparece en los manuales rusos sino la guerra que él mismo se había propuesto para echar abajo el capitalismo europeo si no mundial. Y esa guerra la había perdido desde el momento en que dejó de ser el líder de un movimiento revolucionario mundial para asumir las proporciones más modestas de jefe de un estado nacional (o de un imperio multinacional, para el caso poco importa). La confesión de esa derrota vino dada por dos proposiciones políticas, una interna y otra externa. La interna fue la NEP: lo que él mismo llamó desde entonces «ese peculiar comunismo de guerra» daba marcha atrás para convertirse en un reformismo radical, no demasiado alejado de lo que Mijail Gorbachov pretende hacer ahora. Y externamente, su proposición política fue virar hacia una política de Frente Unico de los partidos proletarios. Es decir, un primer paso hacia la disolución de su Ejército Rojo mundial, la Internacional Comunista.

Por su parte, León Trotsky se dio igualmente cuenta de lo que sucedía. La Revolución - es decir, la guerra para la cual se había fundado el Ejército Rojo, o sea el bolchevismo - debía ser continuada o dejaba de ser revolución, y de paso, el partido mismo dejaba de tener significación, y por lo mismo el ejército rojo internacional, el Comintern, no tenía más trabajo, cesaba de hecho en sus funciones.

Pero no fue Trotsky el único en entenderlo. Aunque pueda parecer extraño y en cierto modo paradójico, quien también lo entendió cabalmente fue Stalin. En ese sentido, la acusación de bonapartismo que a su régimen hicieron sus adversarios trotskistas es algo más que una reminiscencia histórica y un insulto político. El bonapartismo es por una parte la solución, el aprovechamiento y el remate militar de una revolución. En lo interno, además, es la continuación de la guerra por otros medios. Y esos otros medios se resumen en uno: la militarización de la sociedad.

Volvemos a lo anterior. ¿Es el comunismo un régimen militarizado, es otra cosa que un insulto cuando sus adversarios lo califican de «fascismo rojo»? Aquí hay una diferencia esencial: el fascismo quiere construir una sociedad tomando como modelo el Ejército tradicional. Pero en el comunismo, el Ejército es el Partido. La sociedad que Stalin se propuso entonces era una sociedad en guerra, que, toda, debía seguir el ejemplo de su modelo. Es decir, debía seguir las características más específicamente militares de ese modelo. El fortalecimiento de los imperios alemán y japonés, la Guerra Mundial, la Guerra Fría más tarde, todo contribuyó al desarrollo de una mentalidad obsidional y el complejo del cerco, del sitiado, es el mejor alimentador de la militarización social. Pero no se tome lo anterior como una explicación de lo acontecido en el interior de Rusia por la presión de sus enemigos externos. Con todo lo que eso pueda haber contribuido (y esa presión era en cierta forma también un elemento interno), la decisión de militarizar la sociedad venía dada desde el mismo momento en que se abandonaba la vía pacífica y reformista de la NEP y se volvía a la vía de enfrentamiento guerrero con el capitalismo. Se ha dicho mucho que Stalin se apropiaba de las ideas de sus enemigos después de haberlos liquidado, y que fue eso lo que hizo con el trotskismo. Eso no es piratería intelectual ni oportunismo, o ríolo es solamente. Es que ambas posiciones, la de Trotsky y la de Stalin, partían de una base común; ambas escogían la guerra. Sólo que Trotsky proponía una guerra ofensiva («revolución permanente»), mientras que Stalin proponía una guerra defensiva («socialismo en un solo país»).

Repitamos que un ejército necesita una guerra. Después de la derrota de Hitler, casi inmediatamente vino la Guerra Fría que, para los efectos buscados por Stalin en el interior de la Unión Soviética, equivalía a lo mismo. Pero una vez muerto Sta-

lin y después de que Jruschov demostró en los hechos (sobre todo con la crisis cubana de los misiles) que esa guerra no iba a «calentarse», todo cambió. Como no iba a haber guerra, era necesario desmovilizar el ejército rojo (el partido comunista): se comenzó por los partidos extranjeros, que por última vez se reunieron todos en Moscú a comienzos de los años sesenta, para firmar el documento llamado «de los 81 partidos». Era necesario desmilitarizar la sociedad. Era necesario, en fin, encarar el desarrollo, la creación de una sociedad civil.

Pero del dicho al hecho.. En la Rusia de Gorbachov, se suele llamar a la dominación de Brejnev «el período del estancamiento». Eso quiere decir simplemente que la resistencia al cambio que el actual líder soviético encuentra en el Partido y en la sociedad soviéticos triunfaron y se impusieron sobre el «nuevo curso» de Jruschov durante veinte años (1964-1985). Gorbachov no hace sino reanudar aquella política, pero las cosas ahora se revelan mucho más complicadas, y los acontecimientos se han acelerado de una manera tal, que da la impresión de haber perdido muchas veces su control, de estarlos siguiendo y no dirigiendo.

Pero como sea, el hecho es que, al no haber guerra - como lo quería León Trotsky, y como la simulaba Stalin cuando no podía tenerla de veras - es necesario desmovilizar la sociedad primero, y el ejército también. Pero como la sociedad está hecha sobre el modelo del ejército, la una arrastra al otro, o a la inversa. Eso era lo que había propuesto, sin darse mucha cuenta del sentido profundo de su proposición, Earl Browder en los Estados Unidos a finales de los años cuarenta. Es lo que sucedió a una cadencia frenética en las antiguas «democracias populares» donde el PC se disolvió. Es lo que está sucediendo en la misma URSS. Y es lo que estuvo a punto de suceder en China, si no fuese porque allí intervino el otro Ejército, el clásico, que no es, como en la URSS, una criatura del partido sino una de sus formas.

### ***El futuro llegó***

En todo caso, la guerra está finie. Lo que hasta aquí llevamos escrito no tendría mayor sentido si sólo fuese un intento de explicación y, peor aún, de predicción del pasado: no pasaría de ser una más entre millones de cuartillas que se están ya publicando y que serán escritas para explicar una de las mayores sorpresas de la historia reciente. Sólo queremos que nos sirva de base para reflexionar sobre cuál ha de ser el papel de América Latina en la nueva situación mundial. Y por supuesto, lo primero es intentar entender qué quiere decir eso.

A principios de marzo de 1990, la Fundación Fulbright nos invitó a participar en un foro que había organizado conjuntamente con la American University School of International Service y la American University Library sobre el tema: «Los cambios en Europa Oriental: el próximo paso». La mesa estaba formada (sin incluir los comentaristas, entre los cuales me contaba), por profesores de las universidades de Gdansk, Polonia; Comenius de Bratislava, Checoslovaquia; Sofía, Bulgaria, Friedrich-Schiller de Iena; RDA y del Estado de Moscú. Hemos citado detalladamente su procedencia y su condición académica porque su variedad y extensión contrastan con la asombrosa unanimidad de sus respuestas: «No sabemos, nadie sabe cuál será el próximo paso». Esa era no una manifestación de prudencia reflejo del antiguo miedo que parece haberse ido para siempre, sino del asombro de que hayan pasado tantas cosas no ya inesperadas, sino sistemáticamente negadas por propios y extraños, y lo hayan sido en tan poco tiempo.

No es cosa entonces de ponerse frente a una bola de cristal y comenzar a hacer predicciones. Tal vez el único futuro que se pueda adivinar con relativa facilidad es el de los kremlinólogos del Departamento de Estado, quienes serán seguramente las primeras víctimas de cualquier reducción presupuestaria, entre otras cosas por haberse mostrado tan ridículamente ineptos en su pesimismo esencial. No hay pues que hacer demasiadas incursiones en el porvenir, ni adivinar cómo será entonces el mundo sino intentar ver más simple y terrenamente cómo es en este momento. No qué mundo encontrarán mañana nuestros hijos o nuestros nietos, sino más simplemente, cuál estamos ya encontrando apenas ponemos un pie fuera de casa.

Para comenzar, es muy posible que debamos irnos despidiendo de la noción de «Tercer Mundo». Esta no es una denominación que englobe una realidad económica, geográfica y ni siquiera histórica como pudieron haberlo sido los antiguos imperios, sino una etiqueta político-periodística, o sea que se trataba mayormente de un despliegue para la galería. Sobre todo, es una denominación circunstancial. Lo es porque está ligada a la idea de neutralidad, y sólo se es neutral en la ocurrencia de una guerra. Eso queda más claro en el nombre de uno de los más conocidos foros tercermundistas: los países «no-alineados». Pero si no hay más guerra, tampoco tiene sentido que siga habiendo neutralidad.

Por otra parte, la idea de «Tercer Mundo» provenía de la siguiente gradación: el «Primer Mundo» (formado por las dos grandes potencias industriales y militares, Estados Unidos y la Unión Soviética); el «Segundo Mundo» (los países poderosos industrialmente, pero sin fuerza militar equivalente: Europa occidental, Japón); y finalmente, los países que no tenían ni una cosa ni la otra: el «Tercer Mundo». Por

supuesto, se sabía que como potencia industrial la Unión Soviética no se podía equiparar con Europa ni, en los últimos años, con el Japón, para no hablar, por supuesto, de los EEUU. Pero seguía teniendo en sus manos uno de los elementos de lo que Aneurin Bevan llamó con expresión afortunada «el equilibrio del terror». Pero es precisamente en ese terreno donde la URSS tiró primero la toalla. Cualquiera que sea la evolución de la situación política interna soviética, una cosa puede darse por segura: que difícilmente pueda encontrarse un loco capaz de emprender una aventura guerrera después de haber mostrado tan abiertamente sus debilidades. Y lo que es verdad para el desencadenamiento de una guerra, lo es para amenazar con ella: ningún jugador de poker puede pretender que sus adversarios se asusten ante un bluff si está jugando con las cartas al descubierto.

La primera impresión que tenemos del nuevo mundo en 1990 es entonces que no existen tres mundos sino dos: uno formado por Estados Unidos, Japón y Europa occidental, con un taburete en la sala de espera para la URSS por su arsenal nuclear. Después, el resto del mundo.

Pero no hay días feriados, vacaciones ni jubilaciones para los grandes de este mundo. Los Estados Unidos no pueden descansar sobre los laureles de ser la única superpotencia de los años finales del siglo veinte. Porque ellos no son testigos solamente del colapso del imperio soviético en Europa sino también del imperio americano en el Pacífico. Aquella es una derrota política y militar, ésta es una derrota económica, pero ambas tienen una cosa en común; cierran, a medio siglo de distancia, la Segunda Guerra Mundial. Con el inesperado y ciertamente increíble resultado de que quienes perdieron la guerra ganaron la paz, y casi exactamente viceversa: Alemania y Japón, la URSS y EEUU.

También en este terreno rechazaremos la actitud adivinatoria, y por lo tanto nada diremos sobre las formas que el enfrentamiento entre Japón y EEUU ha de tomar, si será violento e inmediato, o largo y aterciopelado, e incluso si se podrá llamar realmente enfrentamiento. Pero una cosa es ya segura: la rápida erosión de la popularidad que hasta no hace mucho gozaban los japoneses en EEUU gracias a su laboriosidad, a su inventiva, a su modestia y a su sentido del ahorro. A estas alturas, los norteamericanos están descubriendo que esas cualidades no están acompañadas por algo que es muy importante para un pueblo tan aficionado a los deportes: el fair play, sobre todo en materia de comercio. Uno de los chistes con más éxito nacional hoy en EEUU es uno que dice que mientras los norteamericanos compran a los japoneses objetos nuevos (automóviles, aparatos de sonido, computadoras), éstos compran en EEUU cosas de segunda mano: el Rockefeller Center, por ejem-

plo. A principios de marzo, un columnista del Washington Post se preguntaba si los EEUU eran capaces de actuar sin tener un enemigo al cual superar. La pregunta no era puramente retórica, y el artículo señalaba una serie de importantísimos blancos hacia los cuales debía dirigir sus dardos la energía norteamericana. Pero esos llamados a la sensatez se tendrán que enfrentar a una vieja tradición política: el combate contra el Imperio del Mal. Ya hay muchos, en la calle y entre la dirigencia, buscando un enemigo. Si es amarillo, mejor.

Como sea, el hecho es que el superpoder norteamericano no durará demasiado tiempo indisputado. Porque, como si fuera poco, surgió otro superpoder: Europa occidental, y dentro de ella, Alemania, cuyo acelerado proceso de reunificación la presentará dentro de poco con ochenta millones de habitantes y un ejército temible.

Cierto, nada hace pensar que la disputa por el primer puesto va a salir del campo económico, ni que Europa, Japón y los EEUU dejarán de ser amigos en un futuro cercano o previsible. Pero así como en política no hay enemigos eternos ni hereditarios, igual cosa se puede decir de las amistades.

De todas formas, en los terrenos político y militar nadie está previendo que se haya de producir una retirada general de los Estados Unidos. Pero en el terreno económico, lo que es muy posible que suceda es la continuación del proceso actual. Los EEUU ya han sido desplazados en Asia por el Japón, y se podría decir que en Europa por los europeos. Sólo le quedará entonces un refugio: el continente americano. A ello ha de ayudar el proteccionismo tan aborrecido de los dientes para afuera y tan practicado de allí para adentro por todo el mundo. En el terreno político y militar no se podrá dar marcha atrás, pero en el terreno económico una de las perspectivas abiertas es el aislacionismo. Los EEUU volverían a los años anteriores a Wilson, en el terreno económico.

Cuando decimos «el continente americano» nos estamos refiriendo sólo a los Estados Unidos, tal vez con la adición de Canadá. Porque, después de haber sido complotada por Bush en Panamá y por los electores nicaragüenses, la opinión norteamericana está dispuesta a olvidarse de América Latina, sin excluir a Cuba. Por el momento, el único interés que puede despertar esta parte del continente es por su potencial como exportador de coca hacia el país más ávido de esa sustancia en el mundo. Pero el otro aspecto de la nueva situación mundial es que ella cuenta y re-cuenta, suma y resta, sin tomar en cuenta para nada a América Latina. Estamos absolutamente solos en el mundo.



### ***La oportunidad latinoamericana***

Ponerse a buscar las causas de esa situación, y sus culpables, no tiene hoy demasiado sentido y, por lo demás, excede los límites de estas notas. De nada vale recriminar a quien se está ahogando, el tiempo que desperdició con las matemáticas en lugar de aprender a nadar. La situación latinoamericana no es solamente desesperada sino que da la impresión de ser inextricable. Hoy pareciera tener más vigencia que nunca la amarga reflexión atribuida a Alberto Lleras Camargo, según la cual lo peor de todo es que si por un desastre natural desapareciéramos, nadie se daría cuenta o en todo caso a nadie le haríamos falta.

Pero el hecho es que no vamos a desaparecer, aunque sólo sea porque el equilibrio natural del planeta no puede darse ese lujo. Sencillamente, tenemos que vivir en la nueva situación, teniendo en cuenta esta vez que tal vez no podamos contar con muchas ayudas porque si el «tercer mundo» ha dejado de interesar como moneda de cambio política, América Latina interesa menos que nadie. Habrá quienes piensen: nada mejor podía habernos sucedido. No nos interesa dirimir si eso es o no cierto, sino reflexionar sobre algo mucho más sustantivo: cómo vamos a encarar la nueva situación, nuestro nuevo puesto en el mundo.

Aquí también lo más prudente es partir de la situación presente, tomar como un hecho que ella señala una tendencia, e insertarnos más profundamente en ella. Poco importa que estemos haciendo de necesidad virtud: lo que importa es la eficacia.

No se trata de que nos contentemos con seguir el curso de los acontecimientos, por mucho que esa sea la actitud aparente de los más importantes líderes del mundo actual (sin exceptuar a Gorbachov, quien ha sido el único que ha dicho y hecho cosas nuevas, pero quien desde hace seis meses da la impresión del aprendiz de brujo). De lo que se trata es de darnos cuenta de cuándo se ha presentado una ocasión durante tanto tiempo deseada, no importa que lo haga en el peor momento posible, y con todas las imperfecciones imaginables.

Aunque por razones diferentes, al mismo tiempo que a los países del Este europeo (incluida la URSS) se le presenta a América Latina la ocasión de construir, desarrollar, fortalecer (a la vez, en sucesión o según el caso) una sociedad civil. Por primera vez desde que somos independientes, todos los países del continente sudamericano están regidos por gobiernos civiles producto de elecciones democráticas. Se puede excluir a Panamá, pero el suyo no es un gobierno soberano sino un protecto-

rado. Por mucho que el nuevo gobierno de la señora Chamorro haya sido impuesto también por la fuerza de la intervención extranjera, no es menos cierto que fue aprobada, sancionada, por el electorado nicaragüense.

El caso cubano, como siempre, merece un párrafo aparte. Sería tentador salirse de la suerte diciendo que hemos hablado del «continente», pero no estamos jugando con palabras. Cuba es un caso especial, como lo es por su parte Puerto Rico. Es sólo casual que sean islas, pero que ambas islas sean geográfica e históricamente satélites de los Estados Unidos ha sido determinante para conformar su situación actual. Así como a los líderes políticos latinoamericanos que intentaron mediar en Panamá antes de la invasión los impresionó profundamente el hecho de que la determinante mayoría (si no la unanimidad) de los líderes de la oposición esperaba y quería la intervención militar de los EEUU; de igual manera si hoy se celebrase un referéndum en Puerto Rico sobre el tema, la mayoría escogería incorporarse a la Unión norteamericana. Pareja actitud era perceptible en Cuba antes de 1959. En ese entonces no se empleaban mucho las encuestas, pero eso se puede deducir de la actitud predominante en la emigración cubana de Miami. Todo eso dio como resultado una clase política feudataria de los EEUU (y corrompida como los políticos sureños) y, entre una pequeña franja de intelectuales, por reacción, un antiyanquismo frenético. Cuando, gracias a su audacia suicida, este último grupo llegó al poder, allí están los treinta años de fidelismo; allí está el párrafo aparte que siempre necesita Cuba en todo análisis de América Latina (o del antiguo «bloque socialista»).

En el resto de América Latina, la presencia de gobiernos civiles sólo significa, por el momento, la ausencia de gobiernos militares. No quiere decir la emergencia de la sociedad civil, pero es el primer paso; y en un continente con las tradiciones del nuestro, no se puede decir que sea poco importante.

Los acontecimientos de los últimos meses en América Latina (incluyendo el que por final no es sin embargo el menos aleccionador de todos, la imposición de un gobierno civil en Haití) significa que hemos aprendido a darnos un gobierno, pero no que hemos aprendido a gobernar: para llegar a la construcción de una sociedad civil, nos falta un largo camino. Es tal vez el más prolongado y trabajoso de todos, pero al menos tiene una ventaja: que cada paso enseña a dar el próximo y que por lo general, no se echa atrás. Las conquistas de la sociedad civil pueden hacerse irreversibles.

Esas no son simples generalidades. Es llegado el momento para América Latina de establecer las prioridades no ya de su desarrollo sino en muchos casos de su sobrevivencia. Es muy posible que la lista de esas prioridades nos lleve a treinta, cuarenta años atrás. Esa lista de prioridades ya fue establecida, en algunos casos hace medio siglo, por los partidos políticos modernos. El que ahora volvamos a encontrarlas puede decirnos mucho acerca de su fracaso, pero culparlos es una de las formas de exculparnos, una de las formas de la autoconmiseración, el deporte más popular entre los latinoamericanos. No se trata, repetimos, de buscar culpables sino que esas prioridades hayan de ser encaradas no por los partidos políticos, mucho menos por sus dirigentes, sino por movimientos sociales cuya fuerza no resida en la altura vocal de sus reivindicaciones, sino en su capacidad de imponer soluciones concentrándose en objetivos únicos. Movimientos permanentes y masivos sobre objetivos concretos, claros, específicos, terminarán proponiendo e imponiendo un programa a los dirigentes políticos.

No vamos a ceder a la tentación de decir cuáles, a nuestro juicio, serían algunas de esas prioridades específicas. Lo que nos interesa destacar es que ellas deberán plantearse y resolverse no como slogans políticos, sino como necesidades sociales. No propuestas y repropuestas por los partidos políticos, sino impuestas por una presión social metódica, sostenida y reflexiva. Si no cedemos a aquella tentación, es porque nuestra intención es menos elaborar un programa que constatar una realidad, menos adivinar el futuro que ver cómo se nos muestra el presente. Y ese presente nos dice que los gobiernos civiles del continente no son hoy, como solían serlo, producto de un movimiento pendular entre dos polos de una misma oligarquía política, sino de una muy clara, manifiesta y sostenida presión por abajo. Merece aquí citarse de nuevo el caso de Haití, por lo paradigmático y porque se tenía el hábito de considerarla la sociedad más atrasada de América Latina: después de la caída de Duvalier, se sucedieron varios gobiernos que tenían como características por un lado su inestabilidad, por el otro el de ser, en el fondo, soluciones militares. El derrocamiento de Prosper Avril ha dado como resultado, para el momento de escribir estas notas, lo que tal vez sea el primer gobierno civil impuesto desde abajo en toda la historia de la nación haitiana. No deja de tener mucho de símbolo que lo presida una mujer.

Por supuesto que ni la emergencia de gobiernos civiles en el continente, ni el fortalecimiento de las instituciones a través del control popular son el remedio para la grave situación, para el gravísimo estado de salud de América Latina. Y no son porque para eso no existe un remedio, como parecen estarlo creyendo algunos curanderos de la economía que hoy encienden velas a Milton Friedman con la misma

fe no tanto ingenua como inquebrantable con que ayer lo hacían por John Maynard Keynes y hasta por Karl Marx. No existe solución mágica para los problemas de América Latina, por la sencilla razón de que ella no existe para ninguna sociedad, desde que el mundo es mundo. Para no abundar en ejemplos históricos, nos bastará citar a Hernando de Soto, cuyo libro sirvió de plataforma de lanzamiento para que el inconventional y originalísimo escritor Mario Vargas Llosa se convirtiese en el muy convencional y tradicionalista político Mario Vargas Llosa. Al anunciarse que los capitales que América Latina estaba esperando sedienta para salir del foso irían a dar ahora a la Europa oriental ex comunista, Hernando de Soto escribió con feroz ironía que los capitalistas van a invertir en aquellos lugares donde fracasaron cuarenta años de comunismo, desviándolos de estos otros (nuestro continente) donde han fracasado ciento setenta años de capitalismo. Y que aquel fracaso deja de todas maneras a esos países con cinco mil dólares per cápita de ingreso anual, mientras que el nuestro apenas llega a dos mil dólares (De Soto no alude en su artículo a la siempre engañosa idea de la distribución per cápita).

Del argumento de Hernando de Soto merecen retenerse dos aspectos. Uno es la idea de que el capitalismo no es siempre un sistema exitoso, como juran y perjuran los neófitos del neoliberalismo económico. Por supuesto que esto tiene a mano su respuesta: lo que ha imperado en América Latina no es «en verdad» un régimen capitalista, no lo ha sido nunca, o no lo ha sido enteramente. Aparte de que ese argumento es el gemelo univitelino de las distinciones apologéticas de los marxistas no-comunistas o antisoviéticos («eso no es en verdad socialismo, no lo ha sido nunca, o no lo ha sido enteramente»), pasa por alto dos importantes hechos históricos. Uno es que el desarrollo capitalista no ha seguido nunca un solo patrón: basta comparar los capitalismos europeos con el norteamericano, para no hablar de países como Corea del Sur, donde los estatoclastas no siempre encuentran explicación para lo que, si hemos de creer a Newsweek, hoy ya va siendo mera añoranza: «La asociación entre el gobierno y los negocios» que durante un buen tiempo fue el motor del crecimiento de ese país. El otro hecho es que, en América Latina, el desarrollo capitalista no ha sido visto siempre con ese lloroso pesimismo que se estila en nuestros días. No hay sino que leer las publicaciones de este continente y de los otros hasta mediados del siglo veinte para ver las locas esperanzas que se tenían puestas en el desarrollo del capitalismo argentino; o también, todas las esperanzas que Nixon y Kissinger, en primer lugar, ponían en su alianza con el próximo subimperialismo continental, el brasileño.

En lo dicho por De Soto hay otro elemento importante, del cual tal vez ni él mismo se dio cuenta al escribirlo, pues parece un simple dato de ubicación temporal: es lo

de «ciento setenta años de fracaso» del capitalismo en América Latina. Eso nos lleva a hacer la pregunta de rigor: ¿quién es el responsable de ese prolongado fracaso? Ningún historiador serio puede aceptar que haya una incapacidad intrínseca de los pueblos latinoamericanos para habitar otra región que no sea la ocupada por el infame basurero de la historia: ¿cuál es el pueblo, la nación intrínseca e irremediabilmente militarista, Francia o Alemania? Porque en siglos sucesivos ambas han sido así calificadas. Si es cierto que «los pueblos protestantes comen bien mientras que los católicos duermen bien» ¿cómo se explica, durante tanto tiempo después de la guerra, el relativo retraso de la economía inglesa frente al dinamismo de la francesa, y de la italiana y más recientemente la española, estas últimas calificadas muy católicamente de «milagros»?

La otra respuesta a esa pregunta, la preferida por los marxistas, es que el responsable de ese y todos los otros fracasos es la «clase dirigente». Y eso lleva derecho a otra pregunta: ¿quiénes forman esa «clase dirigente» tan prolongadamente incapaz para todo menos para continuar dirigiendo? Por allá arriba han pasado sucesivamente propietarios latifundistas, comerciantes e industriales; militares de a caballo y de escuela; curas, beatos y librepensadores; gerentes «desarrollistas» y dirigentes sindicales; intelectuales, miembros de las profesiones liberales y hasta estudiantes; demagogos desaforados y políticos de severa escuela; populistas, conservadores y socialistas; dictatorialistas y demócratas. No todos han estado en el gobierno, pero de una forma u otra han integrado la «clase dirigente», si no se le da a este término un contenido estrechamente económico.

Poner a un conjunto tan heterogéneo la etiqueta de «clase» puede ser contrariado con sobra de razones. No es nuestra intención discutirlo, porque lo que nos interesa en estas líneas es otro asunto: su condición dirigente. Nuestros países han sido mal gobernados, pero ninguna nación de la tierra tiene la exclusividad de los malos o de los buenos gobiernos: también hemos tenido buenos gobernantes, y no todas las estatuas de nuestras plazas celebran a los libertadores. Buenos o malos gobernantes, lo que ha fallado siempre en ellos no es la intrínseca condición dirigente sino la inexistencia de una clara, continua y despersonalizada relación entre dirigentes y dirigidos.

Dicho en otros términos, que el poder no ha perdido para los latinoamericanos su carácter divino. Cualquiera que sea el origen de un gobierno, por elecciones o pronunciamiento militar, su buen o mal desempeño depende mayor cuando no exclusivamente de su voluntad, la idea de que «la política es para los ricos» o en todo caso para la gente importante (idea que existe en todas partes del mundo) en el

nuestro tiene una connotación mágica, para no decir divina. Aún en sus más prolongados períodos de democracia política, los votantes eligen un déspota, con suerte si es un «buen» déspota. Los mecanismos de control del estado liberal no funcionan porque nada significan: los legisladores y los jueces son la otra cara de la misma moneda, a saber un despotismo (benevolente o malevolente) que decide en forma autónoma porque actúa en una sociedad que no ha aprendido a controlarlos y que hasta el momento no ha revelado deseos de hacerlo. Y si se sale de la esfera política, todo eso resulta más evidente: los clamores por la «desregulación», porque el Estado retire sus manos de la economía, porque las fuerzas del mercado puedan jugar libremente, en ninguna parte suenan más a hipocresía que en América Latina donde el monopolio, la cartelización, los mercados cautivos y la fijación de los precios en petit comité de empresarios son la regla y no la excepción.

### ***Aprender a nadar***

Esto lleva a una primera conclusión. La creación de una sociedad civil en América Latina no puede reducirse a la reproducción, en el conjunto del continente, de la situación que existía hasta la primera mitad del siglo en los países del Cono Sur, y cuya fragilidad se reveló más tarde. Cuando se habla de darle a la democracia «un contenido social» se piensa siempre en redistribución del ingreso, welfare state y cosas así. En estas notas estamos apuntando a algo diferente, y tal vez más amplio y significativo: lo que podría llamarse la redistribución del poder. Lo que hasta ahora ha sido episódico, espasmódico, como es la presión social, a veces violenta, para imponer un gobierno civil, debe derivarse hacia una forma sostenida e institucionalizada de control social.

Esto no es una generalización, o para ser sinceros, puede dejar de serlo. A principios de los años setenta, el MAS en Venezuela propuso una fórmula que tenía ese contenido: sería un «movimiento de movimientos». Por desgracia, eso no pasó de ser una fórmula, porque eso que los franceses llamarían la pesanteur sociologique (pero en realidad la profunda impronta del leninismo en todos los partidos venezolanos) mató esa idea en la cuna, y los fenómenos regionales del MAS en los estados Aragua, Táchira, Zulia o Lara no han logrado revivir esa idea porque han sido sobre todo «movimientos» electorales con una no desdeñable carga personal (Tablantismo en Aragua, Homezismo en Zulia, Marquezismo en Táchira, Fernandismo en Lara). «La Causa R» en Bolívar parecía que iba por el buen camino, pero eso habría que verlo todavía, si es más ese movimiento de control social o un simple partidito regional. Las agallas «presidenciales» de Andrés Velásquez son un mal

signo. Pero nadie es perfecto y, hasta ahora, es Venezuela el mejor ejemplo de lo que decimos.

La segunda conclusión es que nada, o muy poco de todo eso, tendrá mucha efectividad si no se convierte en movimientos realmente de masas que trasciendan al ámbito nacional. No tenemos la posibilidad de extendernos mucho sobre el argumento, pero queremos aclarar que no nos estamos refiriendo a simples acuerdos intergubernamentales de integración regional, sino a una convergencia de movimientos en el ámbito latinoamericano. Un ejemplo puede sernos útil: el voto de una legislación regional, y hasta de una disposición constitucional que imponga cortar toda relación, en el plano político y diplomático, con las dictaduras militares. ¿La «Doctrina Betancourt»? No, porque esta vez no se trataría de una más o menos caprichosa imposición gubernativa, sino una disposición producto de una abierta discusión en la calle, sometida además a referéndum. Lo que queremos decir con esto es que no se deben descartar de plano los elementos ya existentes en favor de la integración política y económica sino sacarlos del invernadero técnico y diplomático y convertirlos en políticas impuestas por el deseo y la necesidad colectivos.

Por supuesto, nada de todo eso es mágico ni con todo eso vamos a salir del foso. Lo que hay que poner en primer plano es la voluntad de América Latina, de los latinoamericanos todos, no de lanzarnos de cabeza a un nuevo experimento social (ayer populismo socializante, hoy liberalismo manchesteriano), sino la decisión de comenzar a pensar con cabeza propia y, sobre todo, a actuar en consecuencia. Que ante el asombroso mundo de los años noventa, los latinoamericanos no estamos dando improvisadas respuestas verbosas ni haciéndonos preguntas retóricas sino más modestamente tratando de aprender a gobernar y a gobernarnos.

Lo que queremos decir es que existe una base para hacerlo y esto hay que tomarlo en su sentido positivo como en el negativo. En lo primero, se debe insistir en las características políticas de la situación presente. Por una parte, hay un consenso generalizado sobre la forma de gobierno que se quiere hoy (tal vez mañana no, hablando en términos de días) en toda América Latina. Sobre eso, por primera vez parece haber acuerdo de gobernantes y gobernados, poco importa la sinceridad de unos u otros en la manifestación de esa voluntad: el hecho es que no hay en todo el territorio continental, desde México hasta la Argentina, un solo país y un solo pueblo que hoy manifieste abiertamente su rechazo de la democracia política. Por otra parte, no existe entre los países del continente latinoamericano un contencioso que imponga enemistades irreconciliables y hereditarias: ni entre Venezuela y Colombia, ni entre Ecuador y Perú, ni entre Argentina y Chile. Nada que no pueda ser re-

suelto por medios pacíficos y, sobre todo, que no pueda ser reabsorbido en un contexto regional.

También lo negativo nos une: no hay, hoy por hoy, un solo país latinoamericano que escape a la terrible situación que hace que, en el plano económico y social, sea hoy más fácil que nunca definirnos como un todo. Aquellas excepciones que fueron alguna vez Argentina o, más tarde, Venezuela, ya no lo son. Hoy estamos navegando las mismas aguas, y un mismo barco que hace aguas por todas partes. O aprendemos a nadar o nos hundimos. Todos.